

Un Precioso Secreto

Una...

Dos...

Tres...

Hace tiempo que dejé de contar conscientemente las gotas que aquella noche golpeaban el suelo lentamente, resonantes contra aquellas cuatro paredes de cemento gris.

La puerta se abre, sacándome de mi ensoñación. Levanto la vista hasta el inspector que entra con la mirada fija en la mía, analizante.

– Rut. Ella era amiga tuya, ¿no? – pregunta él, yendo al grano.

Sonrío levemente por su actitud. Parece cansado y ciertamente amargado por los horrores de su trabajo y, tal vez, por un matrimonio fallido o una familia desestructurada.

El inspector me mira en silencio, esperando una respuesta que no llego a pronunciar.

– ¿Cuándo la viste por última vez?

El goteo lento vuelve a resonar en mis orejas.

Esa pregunta me hacía recordar.

Recordar la suavidad de su pelo, la tibieza de su sutil aliento, el tacto de esa piel tan tersa que perdía temperatura, minuto a minuto. El olor de la sangre.

Ah, la sangre.

Una tan dulce como su risa.

El recuerdo de ese olor entumecía mis manos y me provocaba un agradable hormigueo en la boca del estómago. Un sentimiento tan succulento que me causaba ganas de reír de pura euforia.

El inspector toma aire, impacientándose. Eso me obliga a enfrentar su mirada.

Lo sabe. Es un hombre listo, pienso yo. Pero necesita pruebas. O mi confesión. Y lo que no sabe, es que no van a conseguir ninguna de las dos.

Su mano hurga en un maletín próximo a él y saca una bolsa de plástico transparente. Dentro, hay un pedazo afilado del vidrio de un espejo manchado. Me lo enseña y veo mis ojos reflejados. Lo deja en el centro de la mesa.

No hacen falta palabras para entender.

Yo nunca comprendí a la gente que cortaba su propia piel para centrarse en el dolor físico del momento y no en el externo. Nunca me gustó infligirme dolor a mí mismo, pero sí me despertaba curiosidad pensar cómo se sentiría cortar una piel ajena.

Y nunca pensé que lo haría. Hasta que perdí el control de mí mismo y, en algún momento, a ella también. Cuando quise arreglarlo, ya era demasiado tarde. Su respiración se apagaba poco a poco. Pero, de algún modo, sentí un amor profundo, una sensación perversa de calor en el pecho.

Y esa misma noche, me deshice de ella, jurando que sería un secreto.

Un precioso secreto entre Rut y yo.